

Aprender a reflexionar y actuar a partir del Discurso de Monseñor Romero en Lovaina al recibir el doctorado honoris causa.

11 pequeños escritos

Luis Van de Velde

Durante algunos años he reflexionado la palabra de Monseñor Romero a partir de los dos libros “día a día con Monseñor Romero”. Cada vez 365 citas de sus homilías en el primero libro, y para el segundo también citas de su diario. Luego me fui al Diario de Monseñor: la transcripción de lo que diariamente había grabado. Han sido oportunidades para actualizar su palabra en nuevos contextos para dejarme inspirar y motivar para el caminar diario.

Con este folleto comparto reflexiones a partir de su discurso el 2 de febrero de 1980 al recibir el doctorado honoris causa de parte de las autoridades de la Universidad Católica de Lovaina en Bélgica. Hice las reflexiones a partir del texto como está impreso en el libro Monseñor Óscar A. Romero. Cartas pastorales, discursos y otros escritos. Tomo VII. 18 de mayo 1975 – 25 de febrero de 1980. San Salvador, UCA Editores, 2017.

Estoy consciente que se puede hacer muchas otras lecturas y reflexiones a partir de los discursos de Monseñor Romero. Cada uno/a lo hará desde su condición de vida, desde su realidad tanto en el pueblo como en la Iglesia, desde su caminar. Yo escribo desde la experiencia “llena de gracia” durante 17 meses entre enero de 1978 y marzo de 1980 – con Monseñor Romero-, compartiendo el trabajo eclesial de la arquidiócesis de San Salvador. Escribo desde una experiencia reveladora en la formación y acompañamiento de comunidades eclesiales de base desde enero de 1978 hasta finales de 1985, y nuevamente a partir de 2004 hasta la fecha.

Al final de cada escrito he dejado la fecha porque a veces hago referencias a acontecimientos actuales.

Como lo puse en el título, se trata de aprendizajes constantes, ir reflexionando la palabra de Monseñor Romero para actuar animado e iluminado por su mensaje. El Evangelio de Jesús nos ayuda a entender mejor a Monseñor Romero y él nos ayuda a entender mejor a Jesús. Porque al fin y al cabo de esto se trata: ser discípulos de Jesús, en compañía de Monseñor Romero, nuestro San Oscar Arnulfo Romero.

Espero que también este folleto pueda ser una motivación para otros/as a hacer ejercicios semejantes: reflexionar el aquí y el ahora a la luz de la palabra de Monseñor Romero. El Padre Ellacuría (mártir) decía que en Monseñor Romero Dios mismo había pasado por El Salvador. Pero ahí no terminó: su palabra de ayer sigue siendo iluminador para comprender lo que Dios quiere decirnos hoy.

El Salvador, San Juan Opico, 2 de noviembre de 2019.

Inicio este folleto con el texto íntegro del discurso en Lovaina.

Luego 11 reflexiones:

1. La fe cristiana nos sumerge en el mundo.
2. Una vuelta al mundo de los pobres y a su mundo real y concreto.
3. Los pobres ven hoy en la Iglesia una fuente de esperanza.
4. Compromiso en la defensa de los pobres.
5. Perseguida por servir a los pobres.
6. La dimensión política de la fe.
7. Conciencia más clara del pecado.
8. Mayor claridad sobre la encarnación y la redención.
9. Fe más profunda en Dios y en su Cristo.
10. Según les vaya a ellos, al pueblo pobre.
11. Gloria Dei, vivens pauper .

La dimensión política de la fe desde la opción por los pobres.

Una experiencia eclesial en El Salvador, Centroamérica

Mons. Oscar Arnulfo ROMERO

Discurso de Mons. Oscar Arnulfo Romero al recibir el doctorado honoris causa por la Universidad de Lovaina, pronunciado el 2 de febrero de 1980, 50 días antes de su asesinato. Considerado como su testamento teológico y político, este texto nos da lo esencial de su lectura del Evangelio y de su vida de fe.

Tema

Experiencia y reflexión que, de acuerdo con la amable sugerencia de la Universidad, tengo el honor de situar en el ciclo de conferencias que aquí se desarrolla sobre el sugestivo tema de la dimensión política de la fe cristiana. Desde luego, no pretendo decir, ni Vds, pueden esperar de mí, la palabra de un técnico en materia de política, ni tampoco la especulación con que un experto en teología relacionaría teóricamente la fe y la política.

Sencillamente voy a hablarles más bien como pastor, que, juntamente con su pueblo, ha ido aprendiendo la hermosa y dura verdad de que la fe cristiana no nos separa del mundo, sino que nos sumerge en él, de que la Iglesia no es un reducto separado de la ciudad, sino seguidora de aquel Jesús que vivió, trabajó, luchó y murió en medio de la ciudad, en la "polis".

En este sentido quisiera hablar sobre la dimensión política de la fe cristiana; en el sentido preciso de las repercusiones de la fe para el mundo y también de las repercusiones que la inserción en el mundo tiene para la fe.

Una Iglesia al servicio del mundo

Debemos estar claros desde el principio de que la fe cristiana y la actuación de la Iglesia siempre han tenido repercusiones socio-políticas. Por acción o por omisión, por la connivencia con uno u otro grupo social los cristianos siempre han influido en la configuración socio-política del mundo en que viven. El problema es cómo debe ser el influjo en el mundo socio-político para que ese influjo sea verdaderamente según la fe.

Como primera idea, aunque todavía muy general, quiero avanzar la intuición del Concilio Vaticano II que está a la base de todo el movimiento eclesial en la actualidad. La esencia de la Iglesia está en su misión de servicio al mundo, en su misión de salvarlo en totalidad, y de salvarlo en la historia, aquí y ahora. La Iglesia está para solidarizarse con las esperanzas y gozos, con las angustias y tristezas de los hombres. La Iglesia es, como Jesús, para "evangelizar a los pobres y levantar a los oprimidos, para buscar y salvar lo que estaba perdido" (LG 8).

El mundo de los pobres

Todos Vds. conocen estas palabras del Concilio. Varios de sus obispos y teólogos ayudaron mucho en los años sesenta para presentar de esta forma la esencia y misión de la Iglesia. Mi aporte consistirá en poner carne concreta a esas hermosas declaraciones desde la propia situación de un pequeño país latinoamericano, típico de lo que hoy se llama el Tercer Mundo. Y para decirlo de una vez y en una palabra que resume y concretiza todo, el mundo al que debe servir la Iglesia es para nosotros el mundo de los pobres.

Nuestro mundo salvadoreño no es una abstracción, no es un caso más de lo que se entiende por "mundo" en países desarrollados como el de Vds. Es un mundo que en su inmensa mayoría está formado por hombres y mujeres pobres y oprimidos. Y de ese mundo de los pobres decimos que es la clave para comprender la fe cristiana, la actuación de la Iglesia y la dimensión política de esa fe y de esa actuación eclesial. Los pobres son los que nos dicen qué es el mundo y cuál es el servicio eclesial al mundo. Los pobres son los que nos dicen qué es la "polis", la ciudad y qué significa para la Iglesia vivir realmente en el mundo.

Permítanme que desde los pobres de mi pueblo, a quienes represento, explique entonces brevemente la situación y actuación de nuestra Iglesia en el mundo en que vivimos, y reflexionar después desde la teología, sobre la importancia que ese mundo real, cultural y sociopolítico, tiene para la propia fe de la Iglesia.

1. Actuación de la Iglesia de la arquidiócesis de San Salvador

En los últimos años nuestra Arquidiócesis ha ido tomando una dirección en su actuación pastoral que sólo se puede describir y comprender como una vuelta al mundo de los pobres y a su mundo real y concreto.

a) Encarnación en el mundo de los pobres

Como en otros lugares de América Latina después de muchos años y quizás siglos han resonado entre nosotros las palabras del Exodo:

"He oído el clamor de mi pueblo, he visto la opresión con que le oprimen" (Ex 3,9). Estas palabras de la Escritura nos han dado nuevos ojos para ver lo que siempre ha estado entre nosotros, pero tantas veces oculto, aun para la mirada de la misma Iglesia. Hemos aprendido a ver cuál es el hecho primordial de nuestro mundo y lo hemos juzgado como pastores en Medellín y Puebla. "Esa miseria, como hecho colectivo, es una injusticia que clama al cielo" (Medellín, Justicia, n. 1). Y en Puebla declaramos "como el más devastador y humillante flagelo, la situación de inhumana pobreza en que viven millones de latinoamericanos expresada por ejemplo en salarios de hambre, el desempleo y subempleo, desnutrición, mortalidad infantil, falta de vivienda adecuada, problemas de salud, inestabilidad laboral" (n. 29).

El constatar estas realidades y dejarnos impactar por ellas, lejos de apartarnos de nuestra fe, nos ha remitido al mundo de los pobres como a nuestro verdadero lugar, nos ha movido como primer paso fundamental a encarnarnos en el mundo de los pobres. En él hemos encontrado los rostros concretos de los pobres de que nos habla Puebla. (cfr. 31 -39). Ahí hemos encontrado a los campesinos sin tierra y sin trabajo estable, sin agua ni luz en sus

pobres viviendas, sin asistencia médica cuando las madres dan a luz y sin escuelas cuando los niños empiezan a crecer. Ahí nos hemos encontrado con los obreros sin derechos laborales, despedidos de las fábricas cuando los reclaman y a merced de los fríos cálculos de la economía. Ahí nos hemos encontrado con madres y esposas de desaparecidos y presos políticos. Ahí nos hemos encontrado con los habitantes de tugurios, cuya miseria supera toda imaginación y viviendo el insulto permanente de las mansiones cercanas.

En ese mundo sin rostro humano, sacramento actual del Siervo Sufriente de Yahvé, ha procurado encarnarse la Iglesia de mi Arquidiócesis. No digo esto con espíritu triunfalista, pues bien conozco lo mucho que todavía nos falta que avanzar en esa encarnación. Pero lo digo con inmenso gozo, pues hemos hecho el esfuerzo de no pasar de largo, de no dar un rodeo ante el herido en el camino sino de acercarnos a él como el buen samaritano.

Este acercamiento al mundo de los pobres es lo que entendemos a la vez como encarnación y como conversión. Los necesarios cambios al interior de la Iglesia, en la pastoral, en la educación, en la vida religiosa y sacerdotal, en los movimientos laicales, que no habíamos logrado al mirar sólo el interior de la Iglesia, lo estamos consiguiendo ahora al volvernos al mundo de los pobres.

b) El anuncio de la Buena Nueva a los pobres

Este encuentro con los pobres nos ha hecho nos ha hecho recobrar la verdad central del evangelio con que la palabra de Dios nos urge a conversión.

La Iglesia tiene una buena nueva que anunciar a los pobres. Aquellos que secularmente han escuchado malas noticias y han vivido peores realidades, están escuchando ahora a través de la Iglesia la palabra de Jesús: "El reino de Dios se acerca", "dichosos ustedes los pobres porque de ustedes es el reino de Dios". Y desde allí tiene también una Buena Nueva que anunciar a los ricos, que se conviertan al pobre para compartir con él los Bienes del Reino. Para quien conozca nuestro continente latinoamericano será muy claro que no hay ingenuidad en estas palabras ni menos aún opio adormecedor. Lo que hay en estas palabras es la coincidencia del anhelo de liberación de nuestro continente y la oferta del amor de Dios a los pobres. Es la esperanza que ofrece la Iglesia y que coincide con la esperanza a veces adormecida y tantas veces manipulada y frustrada, de los pobres del continente.

Es una verdad en nuestro pueblo que los pobres vean hoy en la Iglesia una fuente de esperanza y un apoyo a su noble lucha de liberación. La esperanza que fomenta la Iglesia no es ingenua ni pasiva. Es más bien un llamado desde la palabra de Dios a la propia responsabilidad de las mayorías pobres, a su concientización, a su organización en un país en que, unas veces con más intensidad que otras, está legal o prácticamente prohibida. Y es un respaldo, a veces también crítico, a sus justas causas y reivindicaciones.

La esperanza que predicamos a los pobres es para devolverles su dignidad y para animarles a que ellos mismos sean autores de su propio destino. En una palabra, la Iglesia no sólo se ha vuelto hacia el pobre sino que hace de él el destinatario privilegiado de su misión porque como dice Puebla "Dios toma su defensa y los ama (n. 1142).

c) Compromiso en la defensa de los pobres

La Iglesia no sólo se ha encarnado en el mundo de los pobres y les da una esperanza, sino que se ha comprometido firmemente en su defensa. Las mayorías pobres de nuestra país son oprimidas y reprimidas cotidianamente por las estructuras económicas y políticas de nuestro país. Entre nosotros siguen siendo verdad las terribles palabras de los profetas de Israel. Existen entre nosotros los que venden el justo por dinero y al pobre por un par de sandalias; los que amontonan violencia y despojo en sus palacios; los que aplastan a los pobres; los que hacen que se acerque un reino de violencia, acostados en camas de marfil; los que juntan casa con casa y anexionan campo a campo hasta ocupar todo el sitio y quedarse solos en el país.

Estos textos de los profetas Amós e Isaías no son voces lejanas de hace muchos siglos, no son sólo textos que leemos reverentemente en la liturgia. Son realidades cotidianas, cuya crueldad e intensidad vivimos a diario. La vivimos cuando llegan a nosotros madres y esposas de capturados y desaparecidos, cuando aparecen cadáveres desfigurados en cementerios clandestinos, cuando son asesinados aquellos que luchan por la justicia y por la paz. En nuestra Arquidiócesis vivimos a diario lo que denunció vigorosamente Puebla: "Angustias por la represión sistemática o selectiva, acompañada de delación, violación de la privacidad, apremios desproporcionados, torturas, exilios. Angustias de tantas familias por la desaparición de sus seres queridos de quienes no pueden tener noticia alguna. Inseguridad total por detenciones sin órdenes judiciales. Angustias ante un ejercicio de la justicia sometida o atada"(n. 42).

En esta situación conflictiva y antagónica, en que unos pocos controlan el poder económico y político la Iglesia se ha puesto del lado de los pobres y ha asumido su defensa. No puede ser de otra manera, pues recuerda a aquel Jesús que se compadecía de las muchedumbres. Por defender al pobre ha entrado en grave conflicto con los poderosos de las oligarquías económicas y los poderes políticos y militares del estado.

d) Perseguida por servir a los pobres

Esta defensa de los pobres en un mundo seriamente conflictivo ha ocasionado algo nuevo en la historia reciente de nuestra Iglesia: la persecución. Vds. conocerán los datos más importantes. En menos de tres años más de cincuenta sacerdotes han sido atacados, amenazados y calumniados. Seis de ellos son mártires, muriendo asesinados; varios han sido torturados y otros expulsados. También las religiosas han sido objeto de persecución. La emisora del Arzobispado, instituciones educativas católicas y de inspiración cristiana ha sido constantemente atacadas, amenazadas intimidadas con bombas. Varios conventos parroquiales han sido cateados.

Si esto se ha hecho con los representantes más visibles de la Iglesia comprenderán ustedes lo que ha ocurrido al pueblo sencillo cristiano, a los campesinos, sus catequistas delegados de la palabra, a las comunidades eclesiales de base. Ahí los amenazados, capturados, torturados y asesinados se cuentan por centenares y miles. Como siempre también en la persecución ha sido el pueblo pobre cristiano el más perseguido.

Es, pues, un hecho claro que nuestra Iglesia ha sido perseguida en los tres últimos años. Pero lo más importante es observar por qué ha sido perseguida. No se ha perseguido cualquier

sacerdote ni atacado a cualquier institución. Se ha perseguido y atacado aquella parte de la Iglesia que se ha puesto de lado del pueblo pobre y ha salido en su defensa. Y de nuevo encontramos aquí la clave para comprender la persecución a la Iglesia: los pobres. De nuevo son los pobres lo que nos hacen comprender lo que realmente ha ocurrido. Y por ello la Iglesia ha entendido la persecución desde los pobres. La persecución ha sido ocasionada por la defensa de los pobres y no es otra cosa que cargar con el destino de los pobres.

La verdadera persecución se ha dirigido al pueblo pobre, que es hoy el cuerpo de Cristo en la historia. Ellos son el pueblo crucificado, como Jesús, el pueblo perseguido como el Siervo de Yahvé. Ellos son los que completan en su cuerpo lo que falta a la pasión de Cristo. Y por esa razón, cuando la Iglesia se ha organizado y unificado recogiendo las esperanzas y las angustias de los pobres, ha corrido la misma suerte de Jesús y de los pobres: la persecución.

e) Esta es la dimensión política de la fe

Esta es en breves rasgos la situación y actuación de la Iglesia en El Salvador. La dimensión política de la fe no es otra cosa que la respuesta de la Iglesia a las exigencias del mundo real socio-político en que vive la Iglesia. Lo que hemos redescubierto es que esa exigencia es primaria para la fe y que la Iglesia no puede desentenderse de ella. No se trate de que la Iglesia se considere a sí misma como institución política que entra en competencia con otras instancias políticas, ni que posea unos mecanismos políticos propios; ni mucho menos se trata de que nuestra Iglesia desee un liderazgo político. Se trata de algo más profundo y evangélico; se trata de la verdadera opción por los pobres, de encarnarse en su mundo, de anunciarles una buena noticia, de darles una esperanza, de animarles a una praxis liberadora, de defender su causa y de participar en su destino. Esta opción de la Iglesia por los pobres es la que explica la dimensión política de su fe en sus raíces y rasgos más fundamentales. Porque ha optado por los pobres reales y no ficticios, porque ha optado por los realmente oprimidos y reprimidos, la Iglesia vive en el mundo de lo político y se realiza como Iglesia también a través de lo político. No puede ser de otra manera si es que, como Jesús, se dirige a los pobres...

2. Historización de la fe desde el mundo de los pobres

La actuación descrita de la Arquidiócesis ha partido claramente de la convicción de fe. La trascendencia del evangelio nos ha guiado en nuestro juicio y actuación. Desde la fe hemos juzgado de las situaciones sociales y políticas. Pero por otra parte es también verdad que precisamente en ese proceso de tomar postura ante la realidad socio-política tal cual es, la misma fe se ha ido profundizando, el mismo evangelio ha ido mostrando su riqueza. Sólo quisiera hacer ahora unas breves reflexiones sobre algunos puntos fundamentales de la fe que se han visto enriquecidos por esta encarnación real en el mundo socio-político.

a) Conciencia más clara del pecado

En primer lugar ahora sabemos mejor lo que es el pecado. Sabemos que la ofensa a Dios es la muerte del hombre. Sabemos que el pecado es verdaderamente mortal; pero no sólo por la muerte interna de quien lo comete, sino por la muerte real y objetiva que produce. Recordamos de esa forma el dato profundo de nuestra fe cristiana. Pecado es aquello que dio muerte al Hijo de Dios, y pecado sigue siendo aquello que da muerte a los hijos de Dios.

Esa fundamental verdad de la fe cristiana la vemos a diario en las situaciones de nuestro país. No se puede ofender a Dios sin ofender al hermano. Y la peor ofensa a Dios, el peor de los secularismos es, como ha dicho uno de nuestros teólogos: " el convertir a los hijos de Dios, a los templos del Espíritu Santo, al Cuerpo histórico de Cristo en víctimas de la opresión y de la injusticia, en esclavos de apetencias económicas, en piltrafas de la represión política; el peor de los secularismos es la negación de la gracia por el pecado, es la objetivización de este mundo como presencia operante de los poderes del mal, como presencia visible de la negación de Dios". (P. Ellacuría, Eca n. 353, p. 123).

No es por ello pura rutina que repitamos una vez más la existencia de estructuras de pecado en nuestro país. Son pecado porque producen los frutos del pecado: la muerte de los salvadoreños, la muerte rápida de la represión o la muerte lenta, pero no menos real, de la opresión estructural. Por ello hemos denunciado la idolatrización que se hace en nuestro país de la riqueza, de la propiedad privada absolutizada en el sistema capitalista, del poder político en los regímenes de seguridad nacional en cuyo nombre se institucionaliza la inseguridad de los individuos (IV Carta Pastoral, nn. 43 - 48).

Por trágico que parezca, la Iglesia ha aprendido en su inserción en el mundo real socio-político a conocer y profundizar en la esencia del pecado. En ese mundo se desvela la más profunda esencia del pecado como la muerte de los salvadoreños.

b) Mayor claridad sobre la encarnación y la redención

En segundo lugar sabemos ahora mejor qué significa la encarnación, qué significa que y Jesús tomó carne realmente humana y que se hizo solidario de sus hermanos en el sufrimiento, en los llantos y quejidos, en la entrega. Sabemos que no se trata directamente de una encarnación universal, que es imposible, sino de una encarnación preferencial y parcial; una encarnación en el mundo de los pobres. Desde ellos podrá la Iglesia ser para todos, podrá también prestar un servicio a los poderosos a través de una pastoral de conversión; pero no a la inversa, como tantas veces ha ocurrido.

El mundo de los pobres con características sociales y políticas bien concretas, nos enseña dónde debe encarnarse la Iglesia para evitar la falsa universalización que termina siempre en connivencia con los poderosos. El mundo de los pobres nos enseña cómo ha de ser el amor cristiano, que busca ciertamente la paz, pero desenmascara el falso pacifismo, la resignación y la inactividad; que debe ser ciertamente gratuito pero debe buscar la eficacia histórica. El mundo de los pobres nos enseña que la sublimidad del amor cristiano debe pasar por la imperante necesidad de la justicia para las mayorías y no debe rehuir la lucha honrada. El mundo de los pobres nos enseña que la liberación llegará no sólo cuando los pobres sean puros destinatarios de los beneficios de gobiernos o de la misma Iglesia, sino actores y protagonistas ellos mismos de su lucha y de su liberación desenmascarando así la raíz última de falsos paternalismos aun eclesiales.

Y también el mundo real de los pobres nos enseña de qué se trata en la esperanza cristiana. La Iglesia predica el nuevo cielo y la nueva tierra; sabe además que ninguna configuración socio-política se puede intercambiar con la plenitud final que Dios concede. Pero ha aprendido también que la esperanza trascendente debe mantenerse con los signos de esperanza histórica, aunque sean signos aparentemente tan sencillos como los que proclama el tercer Isaías cuando dice que "construirán su casa y que la habitarán, plantarán viñas y

comerán de sus frutos" (Is 65, 21). Que en esto haya una auténtica esperanza cristiana, que no se esté rebajando la esperanza a lo temporal y humano, como se dice a veces despreciativamente, se aprende en el contacto cotidiano de quienes no tienen casa ni viña, de quienes construyeron para que otros habiten y trabajan para que otros coman los frutos.

c) Fe más profunda en Dios y en su Cristo

En tercer lugar la encarnación en lo socio político es el lugar de profundizar en la fe en Dios y su Cristo. Creemos en Jesús que vino a traer vida en plenitud y creemos en un Dios viviente que da vida a los hombres y quiere que los hombres vivan en verdad. Estas radicales verdades de la fe se hacen realmente verdades y verdades radicales cuando la Iglesia se inserta en medio de la vida y de la muerte de su pueblo. Ahí se le presenta a la Iglesia, como a todo hombre, la opción más fundamental para su fe: estar en favor de la vida o de la muerte. Con gran claridad vemos que en esto no hay posible neutralidad. O servimos a la vida de los salvadoreños o somos cómplices de su muerte. Y aquí se da la mediación histórica de lo más fundamental de la fe: o creemos en un Dios de vida o servimos a los falsos de la muerte.

En nombre de Jesús queremos y trabajamos naturalmente para una vida en plenitud que no se agota en la satisfacción de las necesidades materiales primarias ni se reduce al ámbito de lo socio-político. Sabemos muy bien que la plenitud de vida se realiza históricamente en el honrado servicio a ese reino y en la entrega total al Padre. Pero vemos con igual claridad que en nombre de Jesús sería una pura ilusión, una ironía y, en el fondo, la más profunda blasfemia, olvidar e ignorar los niveles primarios de la vida, la vida que comienza con el pan, el techo, el trabajo.

Creemos con el apóstol Juan que Jesús es "la palabra de la Vida". (1 Jn 1,1) y que donde hay Vida ahí se manifiesta Dios. Donde el pobre comienza a vivir, donde el pobre comienza a liberarse, donde los hombres son capaces de sentarse alrededor de una mesa común para compartir, allí está el Dios de vida. Por ello cuando la Iglesia se inserta en el mundo socio-político para cooperar a que de él surja vida para los pobres no está alejándose de su misión ni haciendo algo subsidiario, sino que está dando testimonio de su fe en Dios, está siendo instrumento del Espíritu, Señor y dador de vida.

Esta fe en el Dios es lo que explica lo más profundo del misterio cristiano. Para dar vida a los pobres hay que dar de la propia vida y aún la propia vida. La mayor muestra de la fe en un Dios de vida es el testimonio de quien está dispuesto a dar su vida. "Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por el hermano" (Jn 15,13). Y esto es lo que vemos a diario en nuestro país.

Muchos salvadoreños y muchos cristianos están dispuestos a dar su vida para que haya vida para los pobres. Ahí están siguiendo a Jesús y mostrando su fe en él. Insertos como Jesús en el mundo real, amenazados y acusados como él, dando la vida como él están testimoniando la Palabra de la Vida.

Nuestra historia es, pues, antigua. Es la historia de Jesús que intentamos proseguir modestamente. Como Iglesia no somos expertos en política ni queremos manejar la política desde sus mecanismos propios. Pero la inserción en el mundo socio-político, en el mundo en que se juega la vida y la muerte de las mayorías, es necesaria y urgente para que podamos mantener de verdad y no sólo de palabra la fe en un Dios de vida y el seguimiento de Jesús.

Conclusión: Opción por los pobres: orientación de nuestra fe en medio de la política

Para terminar quisiera resumir lo central de lo expuesto hasta ahora. En la vida eclesial de nuestra Arquidiócesis la dimensión política de la fe, o si se quiere, la relación ente fe y política, no se ha ido descubriendo a partir de reflexiones puramente teóricas y previas a la misma vida eclesial. Naturalmente que tales reflexiones son importantes, pero no decisivas. Estas reflexiones se hacen importantes y decisivas cuando recogen de verdad la vida real de la Iglesia. Hoy, el honor de expresar en este ambiente universitario mi experiencia pastoral me ha obligado a hacer esta reflexión teológica. La dimensión política de la fe se descubre y se la descubre correctamente más bien en una práctica concreta al servicio de los pobres. En esa práctica se descubre su mutua relación y su diferenciación. La fe es la que impulsa en un primer momento a encarnarse en el mundo socio-político de los pobres y a animar los procesos liberadores, que son también socio-políticos. Y esa encarnación y esa praxis a su vez concretizan los elementos fundamentales de la fe.

En lo que hemos expuesto aquí hemos delineado sólo los grandes rasgos de ese doble movimiento. Quedan naturalmente muchos temas por tratar. Se podría haber hablado de la relación de la fe con las ideologías políticas, en concreto con el marxismo. Se podría haber mencionado el tema candente entre nosotros de la violencia y su legitimidad. Esos temas son objeto constante de reflexión ente nosotros, y los enfrentamos en la medida en que se van haciendo problemas reales, y aprendemos a dar una solución dentro del mismo proceso.

En el breve tiempo que me ha tocado estar dirigiendo la Arquidiócesis han pasado ya cuatro gobiernos diferentes con diversos proyectos políticos. También las otras fuerzas políticas, revolucionarias y democráticas han crecido y evolucionado en estos años. La Iglesia por lo tanto ha tenido que ir juzgando de lo político desde dentro de un proceso cambiante. En el momento actual el panorama es ambiguo, pues por una parte están fracasando todos los proyectos provenientes del Gobierno. mientras Que está creciendo la posibilidad de una liberación popular.

Pero en lugar de detallarles todos los vaivenes de la política en mi país he preferido explicarles las raíces profundas de la actuación de la Iglesia en este mundo explosivo de lo socio-político. Y he pretendido esclarecerles el último criterio, que es teológico e histórico, para la actuación de la Iglesia en este campo: el mundo de los pobres. Según les vaya a ellos, al pueblo pobre, la Iglesia irá apoyando desde su especificidad uno u otro proyecto político.

Creemos que ésta es la forma de mantener la identidad y la misma trascendencia de la Iglesia. Insertarnos en el proceso socio-político real de nuestro pueblo, juzgar de él desde el pueblo pobre e impulsar todos los movimientos de liberación que conduzcan realmente a la justicia de las mayorías y a la paz para las mayorías. Y creemos que ésta es la forma de mantener la trascendencia e identidad de la Iglesia porque de esta forma mantenemos la fe en Dios.

Los antiguos cristianos decían: "Gloria Dei, vivens homo", (la gloria de Dios es el hombre que viva). Nosotros podríamos concretar esto diciendo: "Gloria Dei, vivens pauper". (La gloria de Dios es el pobre que viva). Creemos que desde la trascendencia del evangelio

podemos juzgar en qué consiste en verdad la vida de los pobres; y creemos también que poniéndose del lado del pobre e intentando darle vida sabremos en qué consiste, la eterna verdad del evangelio.



1. La fe cristiana nos sumerge en el mundo.¹

Monseñor Romero recuerda que él mismo ha ido aprendiendo, juntamente con su pueblo, *“la hermosa y dura verdad de que la fe cristiana no nos separa del mundo, sino que nos sumerge en él, de que la Iglesia no es un reducto separado de la ciudad, sino seguidora de aquel Jesús, que vivió, trabajó, luchó y murió en medio de la ciudad, en la “polis”.*” (p.190-191).

A pesar de la formación teológica y doctrinal, a pesar de su experiencia pastoral y administrativa, el pastor debe ir aprendiendo juntamente con su pueblo. Esto ha sido una de las experiencias importantes de Monseñor Romero a lo largo de su vida sacerdotal y episcopal. De ahí esta primera pregunta que nos interroga: ¿de qué manera estamos aprendiendo juntamente con nuestro pueblo? Es una pregunta que cada obispo, cada sacerdote, cada animador de comunidades eclesiales de base, cada religioso/a, cada catequista,... debe hacerse constantemente. Porque también en la Iglesia (a todo nivel) corremos el riesgo de pretender ser los sabios, los sabelotodo, la única autoridad en la materia. Y esto fácilmente se desvía hacia clericalismos y autoritarismos que nos alejan tanto del seguimiento a Jesús. ¿Cómo estoy aprendiendo junto al pueblo a ser cristiano/a, a ser Iglesia fiel a Jesús en los tiempos actuales?

El tema que reflexionamos hoy tiene que ver con la fe cristiana que nos sumerge como Iglesia en el mundo. Muchas veces las religiones se han desarrollado como *“reductos separados de la ciudad”*, como islas de alabanza, baile, sentimentalismo, incienso, islas de espiritualismo y culto, cargadas de culpabilidad, como islas de tradiciones religioso – culturales. Monseñor nos llama a revisar nuestra vivencia de fe cristiana. ¿En qué invertimos nuestro tiempo y nuestra energía? ¿Dónde están nuestras prioridades pastorales? ¿Qué nos preocupa más: lo intraeclesial o nuestra misión en el mundo y la historia?, ¿los fieles que llegan al culto o la vida dolorosa de las y los pobres? O en términos del Evangelio²: como pastores nos preocupamos más por las 99 que se mantienen en la tradición y las prácticas religiosas (aunque sean cada vez menos) o por la otra que está afuera, que está en el mundo, que está herida, excluida, explotada, abusada, sin esperanza?

Monseñor no habla solamente de algún aporte al mundo, alguna colaboración (esporádica o permanente), sino habla de *“sumergir”* en el mundo, en la historia. Cómo iglesia nos toca ser sal y fermento de transformación profunda (hasta las raíces) de este mundo. Ahora quizás más que nunca empezamos a darnos cuenta que estamos destruyendo el planeta. A través de las redes sociales nos damos cuenta de destrucción y contaminación fatal como ahora en la Amazonia, pero se da también muy cerca de nosotros. Pensemos en lo más reciente: el gran proyecto urbanístico El Ángel ya denunciado por las parroquias cercanas y por el arzobispado. Pensemos en como se ensucia las carreteras como botaderos. Pensemos en el uso de los plásticos y desechables. Pero está también el espacio político y judicial que está contaminado con la corrupción, ilícitos, compra de permisos,... Está la dimensión de la educación, de la salud, de la vivienda, de la cultura, del desarrollo local, la organización popular en todas sus formas, la migración, el desplazamiento, las desapariciones, etc. Tantos espacios *“del mundo nuestro”* donde la Iglesia en sus diferentes niveles tendrá que sumergirse, estar presente como fermento transformador.

Veo que las CEBs corremos el mismo riesgo de sentirnos satisfechos con las reuniones periódicas, las celebraciones regulares, los (nuevos) cantos, las celebraciones conmemorativas martiriales y de aniversario, sesiones de estudio y formación, las convivencias, etc. *Sumergirse en el mundo* es mucho más exigente que una o dos actividades solidarias con familias más pobres (por muy importante y necesario que sean). Cada miembro de CEB tendrá que comprometerse en un espacio concreto de *“este mundo”* y sumergirse ahí, participar activa y críticamente, siendo ejemplo de entrega y servicio, con un horizonte abierto y luchando por la transformación de la vida. En comunidad podemos compartir las experiencias, iluminarlas a la luz de la Palabra de Dios y animarnos mutuamente. Y por supuesto si sumamos esfuerzos, las CEBs podemos levantar nuestra voz profética de denuncia, cueste lo que cueste. (11 de septiembre de 2019)

¹ Inicio el camino de reflexiones a partir del mensaje de Monseñor Romero en su discurso en Lovaina “La dimensión política de la fe desde la opción por los pobres”. De la página 189 hasta 202 en el libro “Cartas pastorales, discursos y otros escritos. Monseñor Oscar A. Romero. Tomo VII. Del 18 de mayo de 1975 hasta el 25 de febrero de 1980. UCA editores.

² Mt 18,10-14

2. Una vuelta al mundo de los pobres y a su mundo real y concreto³.

Monseñor Romero nos recuerda que la arquidiócesis (la Iglesia de su tiempo) había *“tomado una dirección en su actuación pastoral que solo se puede describir y comprender como una vuelta al mundo de los pobres y a su mundo real y concreto.”* Hoy no podemos entender la santidad de Monseñor Romero aislada de esa dirección de la pastoral de la iglesia arquidiocesana. Es decir: quien pretende hablar de o venerar a San Oscar Romero y no está dispuesto a hacer la misma vuelta al mundo de los pobres (de hoy) y a su mundo real y concreto, traiciona al Santo.

Miremos ahora más en detalle lo que Monseñor Romero quiso decir con esa vuelta a los pobres. En primer lugar, nos recuerda que la iglesia escuchó el texto de Ex 3,9: *“He oído el clamor de mi pueblo, he visto la opresión con que le oprimen.”* Esta nueva conciencia bíblica abrió los ojos a muchos pastores en la iglesia y empezaron a ver con claridad lo que siempre había estado presente: la tremenda miseria del pueblo como injusticia que grita al cielo. Durante muchos siglos (¿y hoy?) la Iglesia se ha preocupado tanto por su propio interior: su doctrina, su derecho canónico, sus rúbricas litúrgicas, el cumplimiento con la sacramentalización, que al fin ya no tenía ni ojos ni oídos para la realidad de la pobreza de las grandes mayorías hasta en la misma membresía de la iglesia. Monseñor Romero menciona una serie de expresiones de ese *“devastador y humillante flagelo”* de la pobreza. Actualizando podemos mencionar las siguientes caras de la pobreza: los salarios de hambre (explotación económica) y el desempleo y subempleo; la violencia; la migración; la expulsión de los migrantes de los EEUU, el cambio climático (más sequía afecta más a las familias campesinas), la contaminación de la naturaleza (uso de químicos, plásticos, basureros, minas, gases de los buses), la tardanza en la atención en salud (pública y en el seguro social), falta de vivienda adecuada, insuficiente acceso a agua potable y electricidad,... Por supuesto las y los pobres son las primeras víctimas de la corrupción en el estado y en el sistema judicial,...

Llama la atención que Monseñor menciona no solamente que la arquidiócesis hizo una vuelta al mundo de los pobres, sino que da énfasis que ha sido *“una vuelta al mundo real y concreto de las y los pobres”*. Es decir, es la vida real y concreta de las familias pobres que ha llegado al corazón de la Iglesia. Monseñor habla de la *“encarnación”* en el mundo de los pobres: hacerse carne en la vida de los pobres. No basta constatar la pobreza (desde estudios y encuestas). Hay que dejarse impactar por ella y asumirla. Eran tiempos en todo el continente en que pequeños grupos de religiosas/os se insertaron en las villas de miseria, compartiendo las precariedades diarias. La iglesia descubrió que el mundo de los pobres ha sido *“nuestro verdadero lugar”*. *“Hemos hecho el esfuerzo de no pasar de largo, de no dar un rodeo ante el herido en el camino, sino de acercarnos a él como el buen samaritano.”* Ante este mundo real y concreto de las y los pobres solo queda el camino de la conversión para poder encarnarse de verdad. Monseñor menciona que esta conversión lleva a realizar *“los necesarios cambios al interior de la Iglesia, en la pastoral, en la educación, en la vida religiosa y sacerdotal, en los movimientos laicales.”* Al inicio de su discurso aun no amplía sobre esos cambios necesarios al interior de la Iglesia.

Monseñor Romero sigue llamándonos a esa conversión real hacia la vida real y concreta de las y los pobres de nuestro(s) pueblo(s). Nos preguntamos con Monseñor: ¿la vida real de los pobres es realmente *“el lugar de la Iglesia hoy?”* ¿No sería que hemos retornada hacia el interior de la Iglesia, hacia los espacios religiosos de alabanza y *“oraciones profundas”*, hacia celebraciones martiriales festivas, hacia la autoridad eclesial y el clericalismo, hacia las tradiciones religioso – culturales, los catecismos y doctrinas, ...? Es de reconocer que en algunas parroquias se oye la voz de las y los pobres como el grito de Dios mismo y que han transformado su pastoral en función de esa encarnación en la vida real y concreta de los empobrecidos. Contamos con experiencias de comunidades eclesiales de base integradas por familias pobres y que tratan de vivir fraternal y solidariamente tanto entre ellas como hacia su entorno. Sin embargo, parece que hace falta muchísimo para que el mundo de los pobres sea *“nuestro – de la Iglesia en todas sus dimensiones – verdadero lugar”*. ¿De qué manera en los seminarios se prepara a los seminaristas para esa encarnación o en las diócesis se trabaja con los sacerdotes para esa radical conversión? ¿Qué hacen las CEBs para estar presente, cada vez más, en esa dura realidad de la pobreza de nuestro pueblo? (13 de septiembre de 2019)

³ P. 192 – 193 en el tomo VII. Cartas pastorales, discursos y otros escritos. Monseñor Oscar A Romero. UCA editores.

3. Los pobres ven hoy en la Iglesia una fuente de esperanza.

Casi al final de su servicio a la Iglesia y al pueblo Monseñor Romero dijo en Lovaina: *“Es una novedad en nuestro pueblo que los pobres vean hoy en la Iglesia una fuente de esperanza y un apoyo a su noble lucha de liberación⁴.”* Al iniciar una nueva reflexión se impone la pregunta: ¿Monseñor diría hoy lo mismo? ¿Las y los pobres de hoy sienten en la Iglesia (su parroquia, sus obispos, sus animadores/as,...) una fuente de esperanza y un apoyo en su lucha de liberación? No dudo que las llamadas del arzobispo para que se acaben con la injusta ley de la privatización de pensiones son comprendidas como signo de esperanza para los pobres. ¿Y la voz de los demás obispos y de los sacerdotes en sus parroquias? Las voces en protesta en contra de la destrucción de las fuentes de agua en el Valle del Ángel se inscriben en el apoyo en la lucha del pueblo por su derecho al agua, y al fin y al cabo, el derecho a la vida.

Monseñor aclara que la esperanza que la Iglesia ofrece al pueblo no es nada ingenua ni pasiva. *“Es más bien una llamada desde la Palabra de Dios a la propia responsabilidad de las mayorías pobres, a su concientización, a su organización. ... Y es un respaldo a veces también crítico, a sus justas causas y reivindicaciones.... Para devolverles su dignidad y para animarles a que ellos mismos sean autores de su propio destino.”*

Es evidente y es lo que Iglesia de Monseñor Romero ha vivido, que no se puede anunciar la buena nueva a los pobres sin haberse encarnado en y convertido hacia los pobres. *“El encuentro con los pobres”* es la condición para poder ser buena nueva. Nos preguntamos: ¿la formación de catequistas, animadores/as, religiosas/os, sacerdotes inicia con facilitar y promover ese encuentro con los pobres de nuestro pueblo? Toda la formación bíblica, teológica, doctrinal,... corre el riesgo de caer en sacos rotos si no se parte de la fundamentación: la encarnación en el mundo de los pobres.

Está muy bien que el Señor arzobispo denuncie la injusticia de las leyes de jubilación y la aprobación de la urbanización (¡¡¡incluida un templo católico!!!) del Valle del Ángel. Pero, ¿está llamando a las y los pobres a tomar conciencia de ser víctima de esa injusticia y de esa amenaza medioambiental? ¿Está llamando a las y los pobres a organizarse y a luchar por su *“noble lucha de liberación”* de esas (y otras) injusticias? ¿Basta pedirle al Presidente de la República que detenga la urbanización y a la Asamblea que cambie la ley de pensiones?

Me parece que en la(s) iglesia(s) predicamos – a todo nivel – demasiado en el aire, en lo teórico, en lo alto y no pocas veces apuntando hacia el más allá. En la experiencia pastoral de Monseñor Romero hubo una *“coincidencia”* entre *“el anhelo de liberación”* y *“la oferta del amor de Dios a los pobres”*. *“Es la esperanza que ofrece la Iglesia y que coincide con la esperanza, a veces adormecida y tantas veces manipulada y frustrada, de los pobres.”* Es importante darnos cuenta como los poderes (económicos, políticos, ideológicos) manipulan y frustran constantemente a las y los pobres de nuestro pueblo. Las discusiones en la Asamblea, en no pocos concejos municipales y sobre todo los partidos políticos en tiempos electorales son ejemplos claros de esa manipulación de la esperanza. Si la misma Iglesia no es fuente de esperanza para los pobres, entonces colabora en ese adormecimiento, manipulación y frustración.

Monseñor Romero, al describir la dinámica pastoral de su Iglesia, nos deja un gran desafío. No hace falta enumerar aquí los grandes problemas y las grandes heridas que sufren las y los pobres en nuestro pueblo como consecuencia de las estructuras pecaminosas y las manipulaciones de parte de los poderes políticos, económicos, judiciales,... Pero en nuestro encuentro con las y los pobres, en las comunidades eclesiales de base, en los núcleos más pequeños de la iglesia, sí habrá que escuchar y promover la discusión sobre esos problemas, alimentando la esperanza y la organización popular. De nada sirve repetir las palabras del P. Rutilio Grande sobre la mesa con manteles largos si no señalamos las causas de la exclusión a ese banquete, si no nos unimos en organización para cambiar el rumbo de la historia. De nada sirve hablar en la homilía sobre el Reino de Dios, si no oímos los gritos de los pobres, si no nos sentamos juntos para tomar conciencia y facilitar que nazca la organización. (18 de septiembre de 2019)

⁴ Tomo VII – uca editores.p 194 - 195

4. Compromiso en la defensa de los pobres⁵.

Monseñor Romero recuerda en su discurso doctoral que la Iglesia *“no sólo se ha encarnado en el mundo de los pobres y les da una esperanza, sino que se ha comprometido firmemente en su defensa.”* Por la actualidad de la descripción que Monseñor da de la realidad de su tiempo haciendo referencia a los profetas de Israel, lo copio aquí: *“Existen entre nosotros los que venden al justo por dinero y al pobre por un par de sandalias; los que amontonan violencia y despojo en sus palacios; los que aplastan a los pobres; los que hacen que se acerque un reino de violencia, acostados en camas de marfil; los que juntan casa con casa y anexionan campo a campo hasta ocupar todo el sitio y quedarse solos en el país.”* Antes de hablar del compromiso en la defensa de los pobres, Monseñor, describe la crueldad de vida en El Salvador. Podemos decir, El Salvador de ayer y de hoy. ¿Hace falta ponerle nombre a los señalados por los profetas, a los corruptos, a los que se aprovechan de leyes corruptas para disminuir condenas o para huir a otros países? Cualquier Salvadoreño/a se da cuenta y probablemente la CICIES desenmascare a otros/as más.

La encarnación en el mundo de los pobres y el esfuerzo por darles esperanza no bastan, nos dice Monseñor Romero. Hay que comprometerse firmemente en la defensa de los pobres. En su discurso en Lovaina dio testimonio que la Iglesia arquidiocesana se había comprometido defendiendo a los pobres, y esto, firmemente. El Socorro Jurídico (posteriormente Tutela Legal) del arzobispado – encabezada por María Julia Hernández-, ha sido un instrumento legal muy eficiente en esa defensa. Me alegra observar que Tutela Legal de hoy, está retomando poco a poco la “firmeza” del compromiso que tenía en el tiempo de Monseñor Romero. El mismo Monseñor, domingo a domingo en su homilía, en cada encuentro con periodistas, en cada oportunidad de hablar en un programa de radio, Monseñor se hizo defensor incansable de las y los pobres de su pueblo. En aquella situación muy antagónica y conflictiva *“la Iglesia se ha puesto del lado de los pobres y ha asumido su defensa.”* Alegra de la misma manera darnos cuenta que el Arzobispo de San Salvador va en defensa del pueblo trabajador despojado de su derecho a una pensión digna; en apoyo a las organizaciones ambientalistas, pobladores e iglesias históricas que se oponen a la construcción del complejo habitacional El Ángel, y levanta su voz exigiendo de la Asamblea una Ley General de Aguas “justa y no privatizadora”⁶.

Sin embargo, creo que hace falta mucho para que la Iglesia salvadoreña (a todo nivel) actúe como *“aquel Jesús que se compadecía de las muchedumbres.”* Llama la atención que Monseñor Romero dijo. ***“No puede ser de otra manera”***. Considera que la Iglesia, el pastor, los sacerdotes, los obispos no pueden actuar de otra manera que *“comprometerse firmemente en la defensa de los pobres”*. La Iglesia tendría que hacer una buena evaluación de su actuar bajo la luz de ese “no puede ser de otra manera” de Monseñor Romero. Estoy seguro que contamos con experiencias solidarias muy valientes en defensa de los pobres de hoy, sin embargo, la situación del país es tan grave (miremos solamente las consecuencias en la enorme emigración, desplazamiento,) que hace falta mucho. El pecado de “omisión” es aún grandísimo. Nadie puede disculparse al respecto. Sin comprometerse *“firmemente en la defensa de los pobres”*, la Iglesia pierde su identidad y se aparta del camino de Jesús.

Sabemos que en la Iglesia hay muchas tareas y servicios a realizar. Vale la pena preguntarnos ¿en qué invertimos más tiempo, más energía, más medios,...? ¿En qué tareas eclesiales se concretiza el *“compromiso firme en la defensa de los pobres”*? ¿Qué tendré que cambiar en mi vida, en mi compromiso pastoral? ¿Qué cambios tendremos que promover en nuestra CEB, en nuestra parroquia, ...?

Tengamos cuidado con una de las grandes tentaciones. Monseñor Romero anunció: *“Por defender al pobre ha entrado en grave conflicto con los poderosos de las oligarquías económicas y los poderes políticos y militares.”* Y nosotros lo sabemos muy bien. Los señalados por los profetas ahí están, hoy más seguros que antes. ¿Sería que la persecución (la cruz) fuera la prueba del compromiso firme de la Iglesia en la defensa de los pobres? O ¿Sería que por eso nos da miedo y preferimos priorizar otras tareas eclesiales que no son peligros, que no cuestionan a los ídolos del poder y de la riqueza? (20 de septiembre de 2019)

⁵ Tomo VII. Monseñor Romero. UCA editores. P. 194 - 195

⁶ Carta a las Iglesias, # 712, agosto 2019

5. Perseguida por servir a los pobres⁷.

“No se ha perseguido a cualquier sacerdote, ni atacado a cualquier institución. Se ha perseguida y atacada a aquella parte de la Iglesia que se ha puesto del lado del pueblo pobre y ha salido en su defensa.” Después de referirse a los hechos de persecución a la iglesia, hasta los miles de *“campesinos, catequistas, delegados de la Palabra, las comunidades eclesiales de base”* Monseñor Romero deja claro su posición: *“la clave para comprender la persecución a la Iglesia: los pobres.”* Entendió la persecución a la Iglesia como respuesta del sistema a la defensa de los pobres y *“no es otra cosa que cargar con el destino de los pobres.”*

Al volver a leer y reflexionar este mensaje de Monseñor Romero se impone la pregunta: ¿la Iglesia está cargando hoy con el destino de los pobres? ¿O sería que en El Salvador ya no hay gente pobre cuyo destino la Iglesia pudiera cargar? Cualquier persona que conoce algo de la realidad actual de El Salvador sabe que *“la pobreza”* sigue siendo una cruel realidad que se profundiza y se amplía diariamente. El sistema capitalista neoliberal (en sus nuevas modalidades) sigue provocando la miseria y la muerte de grandes mayorías en nuestro pueblo.

En un foro ecuménico reciente sobre la realidad del país y en una lectura estructural se dijo que estamos viviendo *“crisis de sostenibilidad de la vida”*. *“La mayor parte de la población salvadoreña está perdiendo su capacidad de satisfacer necesidades vitales (fisiológicas + Seguridad/protección). La mayoría de territorios y comunidades de nuestro país están experimentando un deterioro acelerado de las condiciones que hacen posible el trabajo de cuidados (ciclos naturales, recursos y ética)”* Los datos que se nos ha presentado sobre el abandono de las y los adultos mayores y de la niñez y de la juventud dan escalofrío. Los datos sobre las familias con crisis alimenticia (léase: hambre) en el corredor seco dice mucho. Se empieza a sufrir la migración también por razones de cambio climático. Podemos hablar del subempleo, el desempleo, los salarios de hambre, ... Al otro lado también el estrés hídrico que nos está llevando a un desastre total en menos de 80 años. La gran mayoría de los miles de pandilleros presos o asesinados provienen de familias pobres. Esta estructura actual es la consecuencia del deterioro de la sociedad salvadoreña, desde antes de la guerra y que no ha cambiado después de los Acuerdos de Paz. El sistema capitalista neoliberal más bien se ha impuesto y se está imponiendo cada vez más.

Si en una realidad (estructural) como ésta las Iglesias no somos perseguidas, ¿por qué sería? El pueblo sigue siendo crucificado y sigue siendo como el siervo de Yahvé. Y si es cierto que en el país *“se ha perdido la capacidad de satisfacer las necesidades vitales de las grandes mayorías”*, entonces ¿de qué manera las Iglesias estarían cargando con el destino del pueblo? Quizás suena muy fuerte, pero, ¿no tendríamos que preguntarnos si estamos comportándonos como *“el sacerdote y el levita”* que iban tan preocupados por los asuntos religiosos y rituales que rodearon al asaltado y herido en su camino?

Algunos dicen que la iglesia no debe buscar ser perseguida. Por supuesto que no, pero *“cargar con el destino de los pobres”* siempre nos llevará a correr la suerte de los pobres, la misma suerte de Jesús de Nazaret. Recordemos que Monseñor añadió esa otra característica fundamental de la Iglesia que además de ser *“una, santa, católica y apostólica”* es también *“perseguida”*. Monseñor lo dice así: *“cuando la Iglesia se ha organizado y unificado recogiendo las esperanzas y las angustias de los pobres, ha corrido la misma suerte de Jesús y de los pobres: la persecución.”*

A pesar de todo, en las encuestas nacionales aparece que la población sigue manteniendo muchísima confianza en las Iglesias. Esto contrasta totalmente con la desconfianza en los políticos y en el sistema político. Como expresión del Evangelio de San Juan, quizás podemos decir que hoy es *“la hora”* de las Iglesias para volver a recoger las angustias y las esperanzas de los pobres, y de cargar con su destino. ¿No sería que el Espíritu del Señor nos está hablado desde la crueldad del deterioro de nuestra sociedad y del medio ambiente y desde ese resultado de las encuestas sobre la confianza en las Iglesias para arriesgarnos a la conversión para hacernos cargo de la vida de las y los pobres? ¡No dejemos pasar *“la hora”*! (22 de septiembre de 2019)

⁷ Tomo VII. Escritos de Monseñor Romero. UCA editores. P. 195 - 196

Monseñor Romero nos dijo en Lovaina: *“La dimensión política de la fe no es otra cosa que la respuesta de la Iglesia a las exigencias del mundo real sociopolítico en que vive la Iglesia.”* Al concluir su descripción del actuar de la arquidiócesis de San Salvador (1977 – 1980), Monseñor explica que esa exigencia es *“primaria para la fe”*. Es imposible vivir la fe cristiana sin *“adentrarse”* en ese mundo real, en concreto el mundo real de las y los pobres. En ese mundo la semilla de la fe (sembrada por Cristo) puede germinar, crecer, desarrollarse y dar mucho fruto. Para concretar una aplicación de este planteamiento de Monseñor Romero, podemos decir, que lo primero que habrá que hacer en la catequesis para los sacramentos es llevar a las personas al mundo real de las y los pobres, ayudarles a abrir todos los sentidos para captar la realidad de ese mundo tanto en la negatividad (la miseria, la injusticia, la pobreza, la exclusión, la violación a los derechos más fundamentales,...) como en su esperanza y sus expectativas (poder vivir dignamente,...). Recordemos como Monseñor iniciaba sus homilías con los hechos de la semana, es decir, con la realidad. La semilla de la fe en cada niño/a que va a hacer su primera comunión y en cada joven que será confirmado no germinará aprendiendo (de memoria) credos, doctrinas, normas rituales u otras. La exigencia de la realidad (de las y los pobres) es primaria para la fe.

Luego Monseñor repite los pasos (metodológicos) de la pastoral de su arquidiócesis. *“Se trata de la verdadera opción por los pobres (por los pobres reales y no ficticios), de encarnarse en su mundo, de anunciarles una buena noticia, de darles esperanza, de animarles a una praxis liberadora, de defender su causa y de participar en su destino.”* Me parece que esos pasos metodológicos podrían ser un esquema adecuado para un plan pastoral arquidiocesano y luego parroquial y para cada CEB. Quisiera retomar esos pasos en una dinámica de preguntas cuestionadoras acerca de nuestro quehacer eclesial hoy.

Encarnarse en el mundo de los pobres (reales y no ficticios). ¿En que se observa que nos acercamos y nos encarnamos en ese mundo? ¿Cuántos de nosotros/as visitamos con frecuencia los tantos tugurios (llamados “comunidades”) en el gran San Salvador? ¿Quiénes de nosotros hemos visitado (alguna vez) maquilas de las y los obreras/os son tratados como esclavos sin derechos? ¿Quiénes de nosotros hemos compartido con cortadores/as de café o de caña? ¿A cuantas familias campesinas hemos visitado cuando han perdido sus cosechas por sequía o por lluvia?

Anunciar a las y los pobres una buena noticia. En el sistema capitalista neoliberal (y las políticas nacionales que lo fortalecen) no hay buenas noticias para los pobres. ¿De qué manera somos buena noticia? ¿Por qué caminos llegamos donde las familias pobres para ofrecerles una buena noticia? ¿Cómo predicamos en los templos? ¿Pero la mayoría de las y los pobres está llegando a nuestros templos? ¿Qué transmitimos con nuestra manera de vivir?

Darles a las y los pobres esperanza. Parto de un ejemplo. El 80 % de las personas mayores en El Salvador no tienen ninguna pensión. La mitad de las mayores no tienen a nadie que los cuide. 83% de las personas adultas mayores no tienen vivienda propia y/o no tienen un lugar donde vivir. ¿De qué manera ofrecemos esperanza para las y los (bis-) abuelitos/as? ¿qué mensaje de esperanza damos a las familias pobres cuando las empresas roban acaparan y contaminan el agua? ¿Qué mensaje de esperanza damos a los miles de presos, en su gran mayoría provenientes de familias pobres?

Animar a las y los pobres a una praxis liberadora. Las encuestas nos dejan ver que el pueblo salvadoreño ya no cree en los partidos políticos. Deben surgir nuevas formas de organizaciones populares que luchan por su derecho a la vida en tantos aspectos. ¿Qué pasos estamos dando para animar a las familias pobres a organizarse, a unirse en sus luchas por la vida? ¿Cómo acompañamos esos procesos organizativos? ¿Qué iniciativas facilitamos?

Defender la causa de las y los pobres. Tutela legal es un instrumento muy valioso, pero ¿tenemos tutelas en las parroquias? El arzobispo ha abierto espacios importantes de denuncia profética en la defensa de la causa de los pobres, pero ¿los sacerdotes, las y los animadores de CEBs? ¿Escribimos a los medios, en las redes,... para defender las causas justas de las y los pobres?

Participar en su destino. Esto más bien es una consecuencia de los pasos anteriores. Quienes tomen en serio los pasos anteriores van a participar en el destino de las y los pobres. Habrá críticas y acusaciones falsas. Habrá amenazas. Se burlarán. Nos quitarán medios para vivir. Y en el extremo... nos perseguirán como oprimen a las y los pobres del pueblo. *“No puede ser de otra manera si es que, como Jesús, se dirige a los pobres.”* (23 de septiembre de 2019)

7. Conciencia más clara del pecado⁸.

Monseñor Romero vivió una nueva realidad eclesial. En su discurso en Lovaina habla de *“algunos puntos fundamentales de la fe que se han visto enriquecidos por esta encarnación en el mundo sociopolítico”*. El primer punto que quiere tocar es el hecho que la Iglesia logró una *“conciencia más clara del pecado”*: *“Sabemos mejor lo que es el pecado.”* Monseñor ha vivido la experiencia eclesial que en el mundo real de los pobres *“se desvela la más profunda esencia del pecado como la muerte de los salvadoreños.”*

Será difícil seguir el pensamiento de Monseñor Romero sin haber tomado en serio la encarnación en el mundo real de las y los pobres. Quien no ha vivido (de muy cerca y solidariamente) la muerte violenta de las y los pobres como consecuencia de la injusticia y la opresión, no entenderá el alma del mensaje de Monseñor Romero. Nos habla de *“la muerte real y objetiva”* producida por el pecado.

En El Salvador se podría decir que ya estamos a tantos años después del fin de la guerra. Sin embargo, el mismo sistema capitalista neoliberal sigue fortaleciendo la estructura injusta (de pecado). Y por la violencia social contamos ya más asesinados que en los años de la guerra. El pecado que produce *“la muerte real y objetiva”* sigue reinando en nuestro pueblo.

Si pecado es lo que dio muerte al Hijo de Dios, el pecado sigue dando muerte a los hijos/as de Dios. La ofensa al hermano/a, el hambre del hermano/a (explotado en las empresas), la muerte del hermano/a, es la peor ofensa a Dios mismo. De nada sirve que los responsables vayan a misa, bauticen a sus hijos/as, busquen agua bendita para bendecir un nuevo negocio, recen al santo de su devoción, participen en alguna procesión o se declaren *“pro-vida”*. La muerte (en todas sus formas) del hermano/a es la negación de Dios mismo de parte de los *“asesinos”*. Nuestros políticos que se jactan ser *“pro – vida”*, no tienen ningún problema para mantener (o reformar, para mantener) un sistema de pensiones que es una burla al pueblo, una tremenda injusticia que clama al cielo, mientras ellos mismos gozan de enormes salarios, honorarios, bonos, carros, seguro médico y de vida,

Monseñor recuerda que ha denunciado con frecuencia *“la idolatrización que se hace de la riqueza, de la propiedad privada absolutizada en el sistema capitalista, del poder político en los regímenes de seguridad nacional en cuyo nombre se institucionaliza la inseguridad de los individuos.”* Por supuesto también en la llamada democracia post guerra observamos la misma idolatrización del poder. Una vez electos presidentes, miembros de la asamblea (y aun mas los jefes de fracción), los jueces, los magistrados de la corte suprema de justicia (sobre todo de la sala de lo constitucional), los fiscales, ... se consideran medio dioses o más. Apoyados en lo que llaman *“la legalidad”* justifican toda injusticia, todo daño a las y los pobres,... Gobiernan y administran justicia en beneficio de los ricos y poderosos en contra de *“los esclavos de apetencias económicas”*.

No podemos excluir aquí a las autoridades y las bases de las Iglesias. Cuando los profetas y los pastores del pueblo (animadores/as de comunidades, catequistas, coordinadores de sectores, religiosos/as, sacerdotes, obispos) se callan ante ese tremendo pecado, se hacen cómplices. La encarnación en el mundo real de las y los pobres y vivir y sufrir con ellos/as las consecuencias del pecado en la muerte lenta o rápida, nos hace tomar conciencia más clara del pecado de omisión. Los ídolos del poder y de la riqueza necesitan a *“profetas y sacerdotes”* mudos. No temen comprar a algunos con bonos y jubilaciones (legales o ilegales) que los apartan del pueblo y los hacen mudos.

La Iglesia tiene siglos de hablar de pecado y de llamar a la conversión, sin embargo, solamente encarnándose en el mundo real de las y los pobres se tome conciencia más clara de la profundidad y el verdadero significado del pecado y de la responsabilidad real y objetiva de las y los pecadores (idólatras del poder y de la riqueza). Solamente pastores y profetas encarnados en esa realidad violenta de las y los pobres, podrán ser guías para que también el pueblo como tal crezca en conciencia sobre su situación, donde colaboran con el pecado y hacia dónde pueden buscar soluciones. (27 de septiembre de 2019).

⁸ Tomo VII, Escritos de Monseñor Romero, UCA editores. P. 197-198

8. Mayor claridad sobre la encarnación y la redención⁹.

Monseñor Romero está bien consciente que en la(s) Iglesia(s) hablamos tan fácil y cómodamente sobre la encarnación de Jesús, de tal modo que lo hemos reducido a un asunto de metafísica o a un dogma a creer y aceptar para ser miembro de la Iglesia. Las discusiones sobre el nacimiento virginal de Jesús nos han desviado de la realidad de Dios que se hizo ser humano, concreto, histórico para darse a conocer. Y así Monseñor subraya en su discurso en Lovaina que la inserción real en el mundo real de las y los pobres ha facilitado comprender *“qué significa que Jesús tomó carne realmente humana y que se hizo solidario de sus hermanos en el sufrimiento, en los llantos y quejidos, en la entrega.”* Sabemos ahora que se trata de “una encarnación en el mundo de los pobres”. Así es una *“encarnación preferencial y parcial.”* Quiero repetirlo: quién no se ha encontrado con la pobreza real, quien no se relaciona directamente con familias (más) pobres (que las nuestras), no podrá comprender lo que dice Monseñor Romero sobre ese gran misterio de la Encarnación de Dios en lo humano. Dios escogió a las y los pobres para hacerse “humano”. Es de recordar también que Dios no escoge a las y los pobres porque son “buenos”, sino porque Él es bueno y porque son “pobres”. Se quiso identificar con el grito de los explotados y oprimidos.

Monseñor relaciona esta opción preferencial y parcial directamente con misión de la Iglesia. Según el ejemplo de Dios, *“el mundo de los pobres nos enseña dónde debe encarnarse la Iglesia.” “El mundo de los pobres nos enseña cómo ha de ser el amor cristiano.” “El mundo de los pobres nos enseña que la sublimidad del amor cristiano debe pasar por la imperante necesidad de la justicia para las mayorías y no debe rehuir la lucha honrada.” “El mundo de los pobres nos enseña que la liberación llegará cuando los pobres sean “actores y protagonistas ellos mismos de su lucha y de su liberación, desenmascarando así la raíz última de falsos paternalismos aun eclesiales.”*

Monseñor denuncia esos falsos paternalismos. Los encontramos en no pocas ONG's o fundaciones que pretenden “ayudar a los pobres” pero que en realidad los consideran como meros beneficiarios de “la bondad de otros”. Los encontramos en las promesas de las y los políticos. Prometen el cielo, pero no sueltan nada de sus privilegios ni de su tan ansiado poder. Los mismos programas sociales del gobierno están en la misma dinámica de considerar a los pobres como beneficiarios y no como protagonistas de su propio destino. Se consideran los mesías, los redentores de los pobres, mientras se enriquecen (sea de manera legal o ilegal, legítimo o no). Monseñor aclara que esos falsos paternalismos no son ajenos a las iglesias. Cuando el estilo de vida de pastores, sacerdotes, obispos, sus ingresos, sus viviendas y sus templos “no se parecen a las casas del pueblo”, difícilmente podrán entender la “encarnación preferencial y parcial de Dios” y aún menos se van encarnar preferencial y parcialmente en el mundo de las y los pobres.

Monseñor anuncia también que al conocer y al vivir el mundo de los pobres, la Iglesia descubre lo que significa *“la esperanza cristiana”*. Ésta cuestionará cada *“configuración sociopolítica”* y abrirá siempre horizontes más justos, más libres, más fraternos, más verdaderos, más solidarios, más misericordiosos. Nos habla de *“los signos de esperanza histórica”*, por muy pequeños que sean. Todo aporte para desmontar estructuras injustas, todo aporte en la construcción de estructuras (económicas, sociales, políticas) más justas, son leídas por la Iglesia como esos signos de esperanza que apuntan hacia la esperanza trascendente del Reino de Dios. Monseñor nos da el ejemplo con un texto de Isaías (Is 65,21): construir casas y habitar en ellas, plantar viñas y comer de sus frutos. Estas son signos de esperanza del Reino. Cuando los obreros ya no construyan casonas, apartamentos de lujo, ranchos de lujo, sino aquellas casas dignas donde ellos mismos podrán vivir. Cuando los peones ya no trabajen en las fincas de café que no son de ellos, sino trabajarán en sus tierras que puedan darles vida. Cuando mujeres ya no sean explotadas en el trabajo doméstica ajeno, sino cuando hombres y mujeres construyan sus propios hogares. Cuando se acaben los salarios y las pensiones de hambre... Cuando los parlamentarios tengan salarios que no sean mayores que los salarios maestros/as del pueblo.... Estos signos de esperanza pueden estar muy alejados. Sin embargo, la esperanza del Reino se hará realidad en la esperanza histórica y concreta de las y los pobres. (29 de septiembre de 2019)

⁹ Tomo VII. Los escritos de Monseñor Romero. UCA editores. P. 198-199

9. Fe más profunda en Dios y en su Cristo¹⁰.

“Las radicales verdades de la fe se hacen realmente verdades y verdades radicales cuando la Iglesia se inserta en medio de la vida y de la muerte de su pueblo”, nos dice Monseñor Romero. Explica que no hay neutralidad en cuanto a la opción por la vida: “o servimos a la vida de los salvadoreños o somos cómplices de su muerte.” Esta opción muy concreta y práctica es la expresión de “creer en un Dios de vida o servir a los ídolos de la muerte.”

En las iglesias repetimos con mucha frecuencia alguno de los credos oficiales. No nos cuesta nada. Pero, ¿de qué sirve? Palabras, palabras, palabras,... Monseñor nos explica que la encarnación en la vida real de las y los pobres es *“el lugar de profundizar en la fe en Dios y su Cristo.”* Las verdades de la fe expresada en los Credos solo se hacen *“realmente verdades y verdades radicales”* en la experiencia histórica de asumir la causa de las y los pobres y perseguidos del pueblo. Preguntar a alguien si cree en Dios y en Cristo, me parece que es una pregunta que nunca habrá que hacer. Tampoco hay que fijarse en sus prácticas religiosas. Si se quiere saber la respuesta hay que ver lo que hace esa persona o esa comunidad: dónde vive, cómo vive, en qué invierte su tiempo y sus (aunque sean pocos) recursos, para qué se esfuerza, con quienes comparte, a quienes defiende, qué espera, Ahí se va a observar si cree en el Dios de la vida o si adora a los ídolos de la muerte.

Cuando los niveles primarios de la vida (pan, techo, trabajo) no son satisfechos adecuadamente, esa sociedad no es cristiana. Cuando *“se olvida o se ignora”* la satisfacción de esos niveles primarios de la vida de las mayorías (y aunque fuera de una minoría) del pueblo, - dice Monseñor -, y decir que se cree en Cristo sería *“una pura ilusión, una ironía, y, en el fondo, la más profunda blasfemia”*. Y aclara más. *“Dónde el pobre comienza a vivir, donde el pobre comienza a liberarse, donde los hombres son capaces de sentarse alrededor de una mesa común para compartir, allí está el Dios de la Vida.”* El sistema capitalista neoliberal hace exactamente lo contrario. Decir a empresarios extranjeros que se vengán al país a invertir porque *“la mesa está servida”*, significa que la puerta está abierta para la explotación de hombres y mujeres pobres que deberán trabajar día y noche, por un salario de hambre,.... El sistema necesita *“el ejército de desempleados”* para presionar que siempre haya salarios bajos.

Monseñor menciona tres espacios donde el Dios de la vida está presente. (1) *“Donde el pobre comienza a vivir”*. Es decir, cuando las y los pobres empiecen a satisfacer las necesidades básicas de la vida: alimentación, salud, trabajo/ salario/ ingreso, educación, vivienda, ..., ahí se encuentra al Dios de la vida. La vida de las y los pobres se hace presencia de Dios. Para evitar que lo entendamos de manera asistencialista, Monseñor aclara que se trata de las experiencias históricas donde las y *“los pobres empiezan a liberarse”* (2) del sistema que los mantiene obligadamente en la miseria. No dice que los pobres deben seguir a líderes que prometen liberarlos. No dice que subsidios (como proyecto político) van a cambiar la vida de las y los pobres. Y la (3) tercera dinámica es: donde las y los pobres creen en sus propias capacidades, en sus pocos recursos, en su entrega y servicio a otros, es decir ahí *“donde van a sentarse alrededor de la mesa común para compartir.”* Es un gran reto para la Iglesia: facilitar, motivar para que las y los pobres tomen conciencia de sus propios recursos y de su capacidad de compartir y de multiplicar para que haya vida para todos y todas. La viuda de Sarepta lo enseña: da hospedaje al extraño (Elías), se arriesga hacer pan con la única harina que tenía para comer ella y su hijo e invita a compartir su mesa y *“no se agotó la harina de la tinaja ni se acabó el aceite del jarro”*. (1 Re 17,7-16). La presencia de Jesús suscitó en la muchedumbre hambriento la capacidad y la voluntad de sentarse y de compartir la comida y todos/as comieron hasta saciarse y aun sobró bastante... 12 canastos. Es decir, para alimentar a todo el pueblo de las 12 tribus de Israel. (Mt 14,13-21). Ahí está el Dios de la vida.

“Muchos salvadoreños y muchos cristianos están dispuestos a dar su vida para que haya vida para los pobres. Ahí están siguiendo a Jesús y mostrando su fe en Él.” Lo que Monseñor dice de Dios coincide (por supuesto) con lo que dice de Jesús. Creer en Jesús, seguir a Jesús como discípulo suyo es *“dar de su propia vida y aun la propia vida”* para que las y los pobres vivan. Al final de su discurso todavía dirá: *“La gloria de Dios es el pobre que vive”*. (3 de sept 2019)

¹⁰ Tomo VII. Escritos de Monseñor Romero. UCA editores. P.199-200.

10. Según les vaya a ellos, al pueblo pobre¹¹.

Estamos llegando a la conclusión de su discurso. Primero resume la experiencia de la Iglesia arquidiocesana. *“La fe es la que impulsa en un primer momento a encarnarse en el mundo socio – político de los pobres y a animar los procesos liberadores, que son también sociopolíticos. Y esa encarnación y esa praxis a su vez concretizan los elementos fundamentales de la fe.”* Monseñor aclara que eso no es la conclusión de una reflexión teórica, sino la conclusión de una práctica pastoral concreta y real.

No basta tener una estampa del ahora San Oscar Romero. No basta leer sus homilias o sus escritos. No basta organizar celebraciones conmemorativas en algunas fechas significativas de su vida. No basta hacer la oración oficial para pedir la intercesión del Santo. Algunos llaman este discurso el testamento de Monseñor Romero. En este testamento nos deja constancia del camino recorrido, que es a la vez el camino a recorrer. Desde la fe la inserción en el mundo de las y los pobres – darles esperanza y animarlos a ser los sujetos de su liberación – redescubrir el verdadero significado de las verdades más radicales de la fe.

Creo que hoy, lo que más nos hace falta es el primer paso. Aunque hay excepciones, la Iglesia en su conjunto y en sus diferentes niveles, no dedica todas sus energías a la tan necesaria “encarnación real en el mundo real de las y los pobres reales”. Ir al encuentro de las y los pobres en las ciudades y en el campo. Empezar a caminar con ellas y ellos. Ir conociendo su realidad. Escuchar, sobre todo. Tratar de discernir lo que están hablando. Ir experimentando sus esperanzas, sus alegrías, sus sufrimientos, sus decepciones, sus luchas,... Y después de “un tiempo” darles ánimo y esperanza. Dios oye sus gritos. Dios está presente en los pequeños signos de solidaridad. Dios está presente en sus luchas por liberarse del yugo explotador y opresor. Sumarse a esa solidaridad y a esa lucha liberadora. Asumir sus causas y sus consecuencias. Dar de su propia vida y estar dispuesta de dar la propia vida. En ese caminar con las y los pobres ellas/os nos ayudan a experimentar de una manera más radical la presencia de Dios y a comprender, de manera más radical, lo que significa ser discípulo y seguidor de Jesús.

Hoy a 27 años después de los acuerdos de fin de la guerra Monseñor nos dice: *“La Iglesia por lo tanto ha tenido que ir juzgando de lo político desde dentro del proceso cambiante. En el momento actual el panorama es ambiguo.”* De verdad el proceso político es ambiguo. Los gobiernos post Acuerdos (1992) no han resuelto los problemas de las grandes mayorías. Al contrario. Algunos¹² dicen que hemos llegado a una situación estructural donde “la mayor parte de la población salvadoreña está perdiendo su capacidad de satisfacer necesidades vitales (fisiológicas y de Seguridad/protección) y donde la mayoría de territorios y comunidades de nuestro país están experimentando un deterioro acelerado de las condiciones que hacen posible el trabajo de cuidados (ciclos naturales, recursos y ética).” Ahí nos toca preguntarnos dónde estamos encarnándonos en esa realidad. ¡Siempre el primer paso!!

“Según les vaya a ellos, al pueblo pobre, la Iglesia irá apoyando desde su especificidad uno u otro proyecto político.” “según le vaya al pueblo pobre”. Esto es *“el último criterio, que es teológico e histórico, para la actuación de la Iglesia en ese campo: el mundo de los pobres.”* Puede ser que sea aún muy temprano para discernir en la ambigüedad del actual gobierno de El Salvador. Para actuar a la luz de este testamento de Monseñor *“la Iglesia irá apoyando desde su especificidad uno y otro proyecto político.”* Y mientras tanto urge que hagamos realidad la inserción en el mundo real de las y los pobres reales. El espectro político parece llamar a las Iglesias a asumir su responsabilidad histórica de animar y apoyar la organización de las y los pobres, donde ellos/as son los sujetos. No basta estar esperando y viendo como les está yendo a las y los pobres. Debemos comprometernos con su causa y su organización en sus luchas por todos los aspectos de su vida. Nos toca *“impulsar todos los movimientos de liberación que conduzcan realmente a la justicia de las mayorías y a la paz.”* (3 de octubre de 2019)

¹¹ Tomo VII. Escritos de Monseñor Romero, UCA editores, p.200 - 201

¹² Julia Evelyn Martínez. Exposición en el foro ecuménico realizado el 21 de septiembre de 2019.

11. Gloria Dei, vivens pauper¹³.

“La Gloria de Dios es el pobre que vive.” Con estas palabras Monseñor Romero concluye su discurso en Lovaina. Vuelve a referirse al doble movimiento: Evangelio – los pobres, los pobres – Evangelio. *“Creemos que desde la trascendencia del Evangelio podemos juzgar en qué consiste en verdad la vida de los pobres; y creemos también que poniéndonos del lado del pobre e intentando darle vida sabremos en qué consiste la eterna verdad del Evangelio.”* Son sus últimas palabras en el discurso el 2 de febrero de 1980.

Para Monseñor Romero la verdad del Evangelio de Jesús solo se revela desde la opción por las y los pobres. Menciona nuevamente los dos aspectos: ponernos del lado de las y los pobres y tratar de darles vida. Lo que ha llamado en su exposición: la necesaria encarnación histórica en el mundo real de las y los pobres reales que lleva a asumir su causa y su lucha, hasta sufrir las mismas consecuencias. Y desde esa opción se nos revelará la verdad del Evangelio. La exégesis bíblica es necesaria. La tradición creyente es importante. La comunidad eclesial es necesaria. Pero solamente desde la realidad de las y los pobres podremos captar la profundidad del Evangelio. Desde la dura realidad de aquellos/as que están enfermos/as, que sufren hambre y sed (hasta morir), que están en las cárceles, que son extranjeros (migrantes), comprenderemos lo que significan los textos como Mt 25,31-46. Jesús nos llama desde los rostros y cuerpos sufrientes de las y los pobres.

También el otro movimiento: la radicalidad del Evangelio nos ayuda a *“juzgar en qué consiste en verdad la vida de los pobres.”* Si creemos de verdad (con hechos) que Dios asumió la humanidad en la vida de Jesús y que – como consecuencia – en Jesús vemos la Palabra y el Actuar de Dios, la vida de las y los pobres se hace revelación divina. Su Gloria es el/la pobre que vive. Desde la trascendencia del Evangelio podemos y debemos desenmascarar las mentiras sobre la vida de las y los pobres y defender la verdad de su empobrecimiento constante, su exclusión, su humillación, su muerte prematura y no pocas veces su asesinato.

Monseñor Romero puede decir esas verdades históricas y esas verdades de la fe, porque pasaron por su propia vida. Aprendió a leer y comprender el Evangelio porque había *“topado con la pobreza”*. Ha tratado de dar esperanza y llamó al pueblo pobre a organizarse para su liberación. Asumió su causa y su defensa. El 24 de marzo de 1980 se identificó totalmente con las y los pobres y con Jesús. El pastor fiel dio su vida por su rebaño. Los mismos que crucifican a las mayorías pobres del pueblo, dispararon contra Monseñor Romero.

Aunque nuestro pueblo lo declaró santo desde el momento de su asesinato, la beatificación y luego la canonización formal de su santidad en la Iglesia católica, lo ponen como luz en nuestro caminar hoy. Llamó la atención que el actual Nuncio¹⁴ llamó a Monseñor como *“lámpara”*. *“la luz, al revés, no necesita un movimiento: nos envuelve incluso si no la miramos, podemos cerrar los ojos, es cierto, pero no por eso la apagamos.”* Recordó el texto del Evangelio de Juan (5,35) al hablar de Juan el Bautista: *“Juan era antorcha que ardía a iluminaba, y su luz, por un tiempo, los atrajo y los alegró”*. E hizo una referencia a una publicación en el Osservatore Romano: *“un pastor que, como consecuencia de la inspiración evangélica, de los documentos del Vaticano II, de Medellín, había elegido vivir para los pobres.”* El Papa Francisco, en su carta al arzobispo de San Salvador en ocasión de la beatificación de Monseñor, dice: *“La fe en Jesucristo, cuando se entiende bien y se asume hasta sus últimas consecuencias, genera comunidades artífices de paz y de solidaridad.”* Así vivió Monseñor Romero. Así han vivido muchos hermanos/as salvadoreños/as.

Si creemos que la Gloria de Dios se manifiesta en la *“vida”* de las y los pobres, el *“sentir con la Iglesia”* de Monseñor Romero se traduce en *“vivir para los pobres”*: vivir el Evangelio desde las y los pobres; escuchar el grito de las y los pobres como el grito de Dios mismo. Monseñor sigue siendo la lámpara, la antorcha que necesitamos para ser fieles a los pobres y fieles al Evangelio. (4 de octubre de 2019)

¹³ Tomo VII. Escritos de Monseñor Romero. UCA editores, p. 202

¹⁴ Discurso inaugural en el I Simposio sobre Monseñor Romero en la diócesis de San Vicente. 28 de septiembre 2019. Texto completo en: https://misionologiachopin.blogspot.com/2019/09/palabras-de-apertura-al-primer-simposio.html?fbclid=IwAR0XMDqHvODJg-Lgf_L593pojMlvSDlvs5gg_mVtEETMerU36SLTLQV6eqE